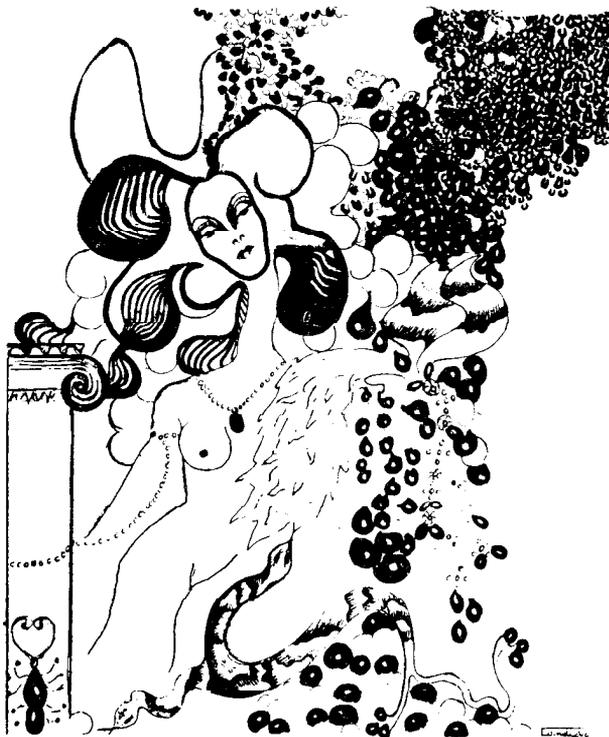


ANTÍFONA PARA UN CRISANTEMO

POR JOSÉ SAAVEDRA

Miss Aphrodite Sound fue una actriz que nunca pasó de una discreta categoría b en las comedias musicales de los años 30, cuando el amor hacía piruetas de claqué con música de Cole Porter en largas y marfileñas escenografías de Busby Berkeley.



Deambulante de un mundo de artificio, en el que los atardeceres pres- que chicanos de las colinas del bosque sagrado, eran vencidos por el foco artificial en mansiones y forestas de ensueño, amaba las luces, lo falso, el nácar y los vagabundos de la noche a los que recitaba poesías reverdecidas e historias que jamás pudieron ocurrir.

Se la veía por las aceras de una madrugada vacía, corriendo, formando figuras crisoelefantinas de satén plata en un juego continuo con el escarpate, la luna y los brillos de un asfalto dormido.

Perseguía a los suicidas y los conducía hasta puentes fatídicos, hacia ríos de cascadas impolutas, a montañas de quebradas vertiginosas, y, una vez allí, en un strip-tease que jamás acababa

**“y rueda sobre el mármol de tu perfil helénico
la cascada ambarina de tus bucles de oro.”**

Se escapaban poemas de nunca en composiciones que recibían su respuesta de soterradas voces tras las montañas

**“Unge tu cuerpo virgen con un perfume arménico
muéstrame de tu carne juvenil el tesoro...”**

Y en aquel improvisado tálamo, de columnas en vivientes cascadas, los ensalmos de órdenes que venían de otros caminos eran cumplidos. Allí la promesa, el amor a la egipciaca, los ritos de una ceremonia irrepetible, la muerte destelleaban bajo las luces artificiales de un automóvil o un neón.

Miss Aphrodite Sound no casó con humano. Presa de sus amores de fantasía y oropel, en la vida se dio auténticamente. Le gustaban las ojeras, el carmín oscuro, los rostros ambarinos, la mirada demacrada, la tristeza amarilla de unos ojos vacíos, la depresión de unas ráfagas verdes en los cabellos marchitos por la laca y los afeites.

Murió demente, así decían, asilada a la fuerza. Su hija, quizás, cumpliría los destinos maternos, si bien también acabaría sacrificada en el altar del sexo, la publicidad y el deseo.

**“y tienen tus contornos olímpicos
los bellos contornos de una estatua.”**

(Del libro *La sombra caída a los pies de la estatua*).